

Zeta Bosio

Yo conozco ese lugar



Zeta Bosio

Yo conozco ese lugar

Capítulo 1

El clan Bosio

El destino quiso que naciera en la Argentina, aunque podría haberlo hecho perfectamente en Italia, la tierra de mis antepasados, y el lugar donde comenzó la aventura inicial de mi padre y sus hermanos que terminó marcando mi vida y la de mi familia. La Segunda Guerra Mundial había llegado a su fin cuando ellos desembarcaron en Buenos Aires provenientes de Italia del norte, más puntualmente de Prevalle, un pueblo ubicado en la provincia de Brescia, en la región de Lombardía. Una zona rural que se caracterizaba por ser el lugar en el que funcionaba la prestigiosa fábrica de armas Beretta, reconocida en todo el mundo. Mi padre, Augusto Bosio, era muy joven cuando comenzó a trabajar en una de esas fábricas para aprender el oficio de fundidor y de tornero, una experiencia que años más tarde sería clave en mi propia vida.

Los Bosio eran una familia numerosa. Siete hermanos que habían crecido en el campo en una época en la que Italia estaba marcada por la pobreza de posguerra, en tiempos en los que costaba mucho conseguir el pan para alimentarlos a todos. Los chicos de la familia se habían convertido en jóvenes fuertes y trabajadores, y por sus cabezas comenzaba a rondar la idea de trasladarse por un tiempo a otro lugar, con el objetivo de progresar en tierras ajenas y volver más tarde a Italia con un mejor pasar para ellos y el resto de la familia. Según sus propios cálculos, las posibilidades se reducían a establecerse temporalmente en Australia —siempre bromeé con que podría haber sido

parte de INXS en lugar de Soda Stereo— o en la Argentina. En principio cualquier destino les daba lo mismo: no sabían ni inglés ni español, y apenas si podían hablar algo de italiano, porque su idioma principal era el dialecto de Prevalle (de chico yo mismo aprendería a dominarlo).

En una aventura que torcería sus vidas, mi papá, su hermano mayor —Luis Ángel, el *zio* Gino—, su primo Juan Bianchini —el *zio* Giovanni— y otro primo que se llamaba precisamente Primo viajaron a la Argentina. Su destino inicial fue la casa del tío Santo Bianchini, que muchos años antes había viajado al país para instalarse en Chivilcoy, una zona rural de la provincia de Buenos Aires, en la primera diáspora de inmigración de principios del siglo XX. De acuerdo con las historias que me contaba mi padre sobre aquella época, establecerse en el campo argentino fue un shock muy fuerte porque no tenía nada que ver con las zonas rurales de Italia. Si bien compartían el concepto de “letrina” o “pozo” como único baño, aquí las casas eran ranchos con paredes de barro de verdad y piso de tierra, básicamente chozas muy precarias. Además, por entonces, las labores rurales eran peligrosamente parecidas a la esclavitud. Durante el tiempo en que trabajaron como jornaleros sufrieron toda clase de maltratos que llegaban al extremo de poner en riesgo su salud, y vivían prácticamente hacinados. Cansados de aquellos abusos, un buen día lograron abandonar aquel trabajo rural y fueron contratados por una fábrica de ladrillos de la zona, aunque tampoco les iría mucho mejor. Según me contó mi padre, llegó un momento en que un capataz les debía un dinero que no quería pagar, y a partir de esa deuda se desató una discusión que terminó con un plan de escape: los Bosio se llevaron un camión con acoplado cargado de ladrillos a modo de parte de pago. Así fue como abandonaron el campo, prácticamente huyendo, con la mira puesta en San Fernando, la localidad ubicada en el conurbano de la provincia de Buenos Aires. Allí los esperaba el señor Zambelli, otro tano que también era del pueblo y que estaba dispuesto a darles una mano. Aterrizaron con el cargamento de ladrillos como único capital, y se instalaron en las aproximaciones del cementerio de la ciudad.

La situación parecía mejorar, al menos en relación con la experiencia inhumana de Chivilcoy. Con la venta de los ladrillos que se trajeron del campo lograron comprar un terrenito y armarse una casona, su primera vivienda en la Argentina, donde se instalaron mientras añoraban sus vidas pasadas y extrañaban a las mujeres que habían dejado, con quienes se comunicaban mediante cartas. Instalados en el conurbano bonaerense, consiguieron empleo en una fundición de la calle Arenales, donde tiempo después nacería y crecería yo. En San Fernando el trabajo era igualmente sacrificado, porque por aquellos años la zona se inundaba mucho a causa del desborde del arroyo Cordero, por lo que tenían que caminar varias cuadras semidesnudos en pleno invierno, con el agua hasta la cintura, y volver a cambiarse para finalmente ir a trabajar “secos”, con la ropa empapada en un bolso. Pero aquel esfuerzo comenzó a dar sus frutos, y poco a poco fueron ahorrando algo de dinero para comprar ladrillos –aunque también sufrieron algunos robos– y construir así su propia casa. Lo hicieron bien a la manera de los tanos, con varias familias que se juntaban para ayudarse unos a otros y levantar entre todos paredes y pisos de material en el terrenito. No pasó demasiado tiempo hasta que los hermanos consiguieron comprar la fundición, que estaba a la venta, y edificar un piso arriba de la fábrica, que ya llevaba el nombre de Bianchini & Bosio Hermanos, para irse a vivir todos ahí.

Mientras tanto, la novia de mi papá, Silvina María Anunciata Bortolotti, esperaba novedades de su prometido en su pueblo de Italia, Gavardo, aferrada a una promesa que se habían hecho antes de su partida. Llevaban un año y medio de novios cuando mi papá vino a la Argentina, no sin antes sellar un pacto de continuidad por el que ambos se comprometían a seguir con la relación ya sea en nuestro país o en Italia, dependiendo de las circunstancias. Como se extrañaban mucho, mi padre le propuso una de las cosas más románticas que escuché en mi vida: casarse a la distancia, “por poder”. Para hacerlo, se realizó en Italia una ceremonia de boda formal, con un tío que representaba al novio, mientras que mi papá hizo lo mismo aquí en Buenos Aires delante de un juez. Este casamiento tan extraño

obligó a mi madre a mudarse a la casa de Prevalle para compartir las tareas familiares, como lavar la ropa en el río, fabricar manteca y bordar, junto con las tres hermanas de mi padre, bajo la tutela estricta de mi abuela.

Mi papá tenía siete hermanos, y a mi mamá no le quedó más opción que formar parte de esa “comunidad” con los cinco que se habían quedado en Italia. La casa de mi familia paterna era un ex convento franciscano del siglo XV con frescos en las paredes, galerías con arcos de medio punto, techos enormes y paredes de más de un metro de ancho. En la entrada del edificio había un establo con vacas que mugían por la mañana, y otra habitación en la que criaban a un cerdo, al que alimentaban cada día bajo una buena cantidad de salames colgados (podríamos decir que su futuro pendía sobre él).

Mi papá era un tano robusto, de contextura de oso. Un labrador apasionado por querer superarse constantemente, a pesar de las pocas herramientas que la vida le dio. Era muy querido en el barrio, generoso y de buen humor —casi siempre: no había que hacerlo enojarse—. A pesar de su humildad, imponía respeto, y si clavaba la mirada celeste inyectada en sangre había que correr a los techos para evitar el punto de calentura máxima; después se calmaba y era más razonable. Nunca lo vi bajar los brazos, siempre me transmitió que las cosas se consiguen con mucho trabajo, poniendo mucho de uno mismo para lograr los objetivos.

Mamá, la *mamma* Silvia (nunca le había gustado el nombre Silvina, así que aprovechó la oportunidad que le daba la vida para cambiarlo), había sido la primogénita de una familia de nueve hermanos. Su padre tenía serios problemas con las bebidas alcohólicas, lo que la obligó a crecer muy rápido y convertirse en una figura paterna para sus hermanos menores; todo esto en tiempos de la Segunda Guerra Mundial, lo que le curtió un carácter bastante fuerte. Creo que se adaptó muy bien a la Argentina de fines de los años 50, aunque siempre la escuché lamentarse de extrañar Italia, donde todo era mejor. Amaba cocinarnos, era experta en el uso del cucharón de madera con fines pedagógicos: ¡me lo tiraba y me pegaba desde diez

metros! Sí, la tana también tenía su carácter... Creo que nunca la vi más feliz que cuando bailaba. Y sé que estaba contenta por la familia que había formado con su marido y sus tres hijos. Crecimos en una casa donde había mucho amor.

A pesar de que el dinero no sobraba, la prioridad de mis padres fue la educación de sus hijos, e hicieron un gran esfuerzo por enviarnos a buenos colegios y universidades, privándose de algunas otras cosas. Siempre les estaré agradecido.

En la Argentina las cosas seguían mejorando y, cuando la fábrica comenzó a funcionar lo suficientemente bien como para asegurarle a la familia una buena perspectiva de trabajo, las mujeres empezaron a venir de a una y así fue como mis padres volvieron a verse las caras después de mucho tiempo. Su matrimonio fue como esos cuentos de hadas con final feliz, en los que ambos se reencuentran tras una separación forzada y se aman para toda la vida. A pesar de las discusiones, que como en toda pareja italiana muchas veces se resolvían a los gritos, su vínculo era tan fuerte que no había modo de disolverlo.

Al principio, las tres familias prácticamente convivieron en distintos espacios de la misma casa: mis *zios* Giovanni y Elena se instalaron abajo, en la entrada de la fábrica, y mis *zios* Gino y Pascqua hicieron lo propio en la parte de arriba junto con mis padres. Como era de esperarse, poco a poco fueron llegando los hijos: el primero fue mi primo Adrián, hijo de Gino; enseguida nació Rosalía, hija de mi *zio* Giovanni; y luego llegó mi turno, un primero de octubre al mediodía, cuando mi mamá, según sus palabras, empezó a sentir los síntomas del parto mientras mi padre estaba trabajando en un taller cortando chapas. Mi *zia* Elena la acompañó caminando a la clínica Santa Ana, que quedaba a tres cuadras, trayecto que completaron con mi madre apoyándose de a ratos en los árboles porque sentía que no llegaba. Finalmente pude nacer en una sala de parto, y un mes después también lo hizo mi primo Juan “Gianfranco” Francisco, hijo de Pascqua y Gino, quien sería mi socio de aventuras desde que tuvimos uso de razón. Teníamos prácticamente la misma edad, compartíamos

la casa de nuestros padres, íbamos juntos al colegio, contábamos con los mismos amigos y crecimos casi como hermanos gemelos. Un tiempo después mi familia se completó con mi hermana María Rosa, que nació un año después que yo, y con mi hermano Augusto, que nació en 1962 y lleva el nombre de mi papá. El segundo nombre de mi padre era César, un dato que ocultó —y que recién supe de grande— seguramente para evitar las asociaciones con el célebre Augusto César, que fue el primer emperador de Roma y el que más tiempo estuvo en el poder. Yo no tengo nombre de emperador pero llevo con mucho orgullo los de mis dos abuelos. Me pusieron Héctor Juan Pedro (en italiano soy Ettore Giovanni Pietro); mi mamá me decía Ettorino y mis amigos Torino.

Si tuviera que congelar una imagen de mi infancia, no tengo dudas de que sería la de las tardes de sol en la terraza de la fábrica, cuya banda sonora era el murmullo futbolero con los gritos de gol de algún partido en la cancha de Tigre y el ruido constante de las máquinas de la fábrica. La casa estaba ubicada en la calle Arenales (mi primo todavía vive ahí), y durante la primera parte de mi niñez mi mundo se redujo a las dos manzanas que separaban a las calles Lavalle y Belgrano, salvo cuando acompañábamos a mi *zio* Giovanni en el reparto de mercadería por los barrios de la Capital. Esas fueron nuestras primeras salidas fuera de San Fernando, además de los fines de semana que pasábamos en un campo en Villa Moll, provincia de Buenos Aires, donde alquilaban un tambo. Íbamos todos juntos en una Ford F-100.

Dormimos todos en la misma habitación casi hasta mis diez años. Mis padres en una cama matrimonial y mi hermana y yo en una compartida, en la que nos acostábamos “cabeza con pies”. Mis tíos y mis primos dormían de la misma manera en otra habitación exactamente igual que estaba frente a la nuestra. El resto del tiempo compartíamos la casa entre todos, con el griterío correspondiente a la hora de la cena, en especial cuando había que ponerse de acuerdo sobre qué programa se miraba en la televisión, que recién empezaba a instalarse en la Argentina.

A medida que transcurría mi infancia, la música empezó a estar cada vez más presente: los tanos quisieron mandarme a estudiar acordeón a piano. En un viaje a Italia que hice muchos años después de aquellas primeras lecciones, me di cuenta de que para ellos el acordeonista es el animador de las fiestas y todos bailan alrededor suyo. La intención de la familia era que uno de los niños tocara el instrumento para traer esa fiesta acá, y empecé a tomar clases en lo de una señora del barrio –María, con quien ya habían estudiado mis primas–, pero no hubo caso porque nunca me enganché. El acordeón, que fue el primer instrumento que apareció en mi vida, me resultaba incómodo, demasiado grande, y ni siquiera me gustaba su sonido.

Ya entrados los años 60, la fábrica trabajaba más o menos bien y la familia consiguió elevar levemente su estilo de vida. Entramos en la clase media, los chicos estudiábamos en colegios privados y la situación permitía que cada tanto alguno se fuera de viaje a Italia a visitar a los que se habían quedado en Europa. El primero fue mi tío Gino y un tiempo después lo hicimos mis padres, mis hermanos y yo, que tenía siete años. Según me contaron, el plan era volver a Italia para quedarnos, porque, con los ahorros que fueron mandando allá, mis abuelos habían comprado unos campos en el pueblo. La moneda italiana, que por entonces era la lira, estaba muy devaluada por la posguerra, y al momento de cambiarlos los pesos argentinos multiplicaban su valor. Seducido por esta ventaja económica mi papá tuvo la idea inicial de regresar para trabajar esas tierras, básicamente porque todos sentían mucha nostalgia por el país que habían dejado tanto tiempo atrás. Finalmente, vivimos en Italia durante poco menos de un año, en el que fui a clases como oyente para no perder el curso y aprendí a hablar el dialecto bresciano. El problema fue que lo asimilé demasiado rápido, al punto de prácticamente olvidar el idioma español, y cuando regresamos a la Argentina eso me ocasionó problemas con la gramática; me olvidé varias palabras y conjugaciones, y estuve a punto de repetir de año, algo que afortunadamente no sucedió.

Aquel viaje me marcó mucho porque pude conocer a mis abuelos, Esther y Piero, y darles un marco a las historias que me contaba mi viejo acerca de su infancia. Más que ir al colegio, prefería acompañar a mi tío Giovanni, que era un “solterón” que trabajaba el campo y me enseñó a manejar el tractor, entre otras cosas que aprendí durante esos largos meses que terminaron siendo importantes tanto para mí como para mis hermanos. Una de esas cosas fue cambiar, a los coscorriones, la lateralidad para escribir. Mi abuelo decía que los zurdos la pasaban mal porque no había herramientas para ellos. Yo era zurdo, pero en esos meses aprendí a escribir con la derecha. Cuando todos se iban a dormir la siesta, me quedaba practicando.

Mi hermana armó su familia y en la actualidad vive en Prevalle, a donde vuelvo siempre que puedo para visitarla a ella y a mis sobrinos. Cada vez que voy al pueblo y veo aquellas montañas no puedo evitar emocionarme y soltar algunas lágrimas, porque siento que hay una parte de mí que quedó flotando en esa geografía que me transporta directamente a ese periodo de mi infancia.

En la Argentina las cosas iban bastante bien; mis padres decidieron que lo mejor sería volver para continuar progresando; entonces la familia compró otro campo de unas veinte hectáreas en Marcos Paz para construir un criadero de cerdos. Hacerlo les tomó alrededor de un año, pero abortaron el emprendimiento cuando se perdió toda la cría por el error de un veterinario, lo que dejó a la familia sin ganas de seguir probando suerte en ese negocio. Sin embargo, lo que sí permaneció inalterable fue la tradición familiar de criar cerdos para hacer nuestro propio salame al mejor estilo *do it yourself*. Una vez por año, la llegada del invierno desataba una fiesta popular entre varias familias de la que participábamos todos, incluso los chicos, ayudando en la cadena de producción desde las siete de la mañana: trabajábamos mientras cantábamos con las manos metidas en la carne, amasando la pasta y embutiendo. La celebración arrancaba el viernes a la noche, cuando llegaba la camioneta con los cerdos del campo, que se faenaban ahí mismo al otro día. Al principio los mataban a martillazos, práctica que era una locura; con el tiempo esta técnica

cambió por la de clavarles un cuchillo en el corazón, que era un poco menos cruel. El procedimiento completo se realizaba durante el fin de semana dentro de la fundición, y lo que el sábado a la mañana era un chanco el domingo a la tarde se convertía en un montón de salame y otros productos.

Uno de los objetivos familiares siempre había sido que cada grupo familiar tuviera su propia casa, y el sueño se hizo realidad a comienzos de los años 70, cuando nos mudamos de la casa de Arenales a otra más grande en la calle Necochea, que quedaba a apenas dos cuadras de nuestro primer hogar (como para no alejarse demasiado de la fábrica). Nos mudamos con mi *zio* Gino, mientras que la otra casa ahora la ocupaban a sus anchas Elena y Giovanni. El tío Giovanni era todo un personaje, que se había “aportañado”, porque tomaba mate, andaba con pañuelo al cuello como un gaucho, se ponía una gorra volcada y decía muchas malas palabras en criollo que no tardó en enseñarme. Era el que salía a la calle –también iba y venía al campo mientras mi viejo se quedaba en la fábrica– y muchas veces yo lo acompañaba a hacer el reparto de la mercadería, que eran manijas de bronce para cacerolas de aluminio. En esos repartos me daba cuenta de lo gigantesca que era la ciudad y eso me resultaba excitante; lo mismo cuando tomaba el tren a Retiro para ir a dar el examen de inglés en la calle Suipacha o para las excursiones al desaparecido Italpark, otro de los viajes que todos los chicos juntos hacíamos una vez al año acompañados por alguna mamá.

Desde que tuvimos cierta edad, en las vacaciones de invierno y de verano, los chicos de la familia trabajábamos en la fábrica; con mi primo teníamos que levantarnos a las siete de la mañana para pasar todo el día aprendiendo distintos trabajos, desde agujerear manijas hasta pulir y contar la mercadería. Los tanos nos obligaban a hacerlo y nos pagaban por esas tareas, pero su deseo principal era enseñarnos el oficio y darnos las herramientas para que en el futuro pudiéramos continuar con la fábrica. En la actualidad, mi hermano Augusto y mi primo Juan son los únicos que continúan con el negocio familiar, en cambio para mí la fábrica también fue una gran escuela, porque trabajé

en todas las áreas hasta que empecé a desarrollar mi carrera de músico con Soda (recién cuando pude empezar a ganar plata con la música decidí dejar la fábrica).

Con mi primo éramos muy buenos jugando al flipper. Buenos de verdad. Muchas veces íbamos a hacer los mandados para la cena y antes de volver pasábamos por lo de Sánchez, un tugurio con billares y viejas máquinas de flipper. Ahí las agarrábamos y era un show, casi siempre dejábamos los partidos por la mitad: se hacía la hora de comer y teníamos que volver a casa, porque si no nos mataban, sobre todo si se enteraban de la causa del retraso. Nos íbamos dejando diez o quince partidos porque no podíamos terminarlos, y los tipos del lugar nos amaban. Mi primo jugaba a la derecha y yo a la izquierda, y teníamos los movimientos ensayados: sabíamos cómo sacudir la máquina para sacarle bonus, aprendíamos muy rápido. Cuando nos veían entrar, los que estaban ahí nos decían: “¿Quieren que les tengamos las bolsas?”. Entonces les dábamos todo y empezábamos: sabían que íbamos a dejarles créditos y nos regalaban la Coca Cola, nos trataban bárbaro. El dueño a veces “tocaba” el *tilt* de la máquina, porque estaba perfectamente al tanto de nuestra habilidad para sacarle créditos. Cuando nos dábamos cuenta de que había una tocada, enseguida pasábamos a otra, y en poco tiempo le encontrábamos la vuelta. Sentí por primera vez en mi vida lo que significa ser famoso y, además, la importancia de trabajar en equipo con un objetivo en común. Era la primera vez que en el barrio nos identificaban por destacarnos en algo: pasábamos cerca de los grupitos que había en la calle y nos saludaban. Cuando se enteraron, nuestros viejos casi nos asesinan y nos prohibieron volver. Estábamos entrando en la adolescencia y, por supuesto, seguimos yendo igual durante un tiempo, hasta que un día hubo una *razzia* y la policía se llevó a algunos presentes; por suerte, no estábamos en ese momento. Ahí se cortó, pero nos encantaba. Éramos la sensación del lugar.

Mi papá y mis tíos eran fanáticos de las bochas. Todos los domingos se vestían de punta en blanco para ir a jugar al Club Guardia Vieja con

aspecto impecable, y yo solía ir a verlos y también pasaba a buscarlos cuando se demoraban mucho y no podíamos empezar a comer. Mi viejo era bochador, que es un rol más atlético que el de arrimador, y para el que es preciso tener fuerza, puntería y precisión, porque requiere dar unos tres pasos y tirar la bocha a la carrera. Cuando lograba un buen bochazo recibía una ovación y yo me llenaba de emoción, orgulloso de la *performance* de mi papá entre todos los “bochófilos”. Uno de esos domingos mi tío Giovanni, que tenía apenas cuarenta y un años, sufrió un accidente cardiovascular jugando en la cancha de Tigre y en menos de cuarenta y ocho horas tuvo un derrame cerebral irreversible que le produjo la muerte. Fue la primera gran tragedia que experimentó el clan Bosio, algo totalmente inesperado que cambió el curso de las cosas y que repercutió en todos, porque un par de años después mi tía Elena, que había quedado viuda, decidió volverse a Italia con sus cinco hijos. Para mi papá la muerte de su primo fue un golpe especialmente duro y también lo fue para mí, que a partir de ese día me separé de mis primos por mucho tiempo.

Tenía trece años, y con aquel episodio tan doloroso tomé conciencia de que todo lo que parece marchar sobre ruedas puede complicarse de un momento a otro.

Mi acercamiento a la música estaba en marcha y se acentuó cuando la familia se hizo de un tocadiscos que había traído mi tía Elena de un viaje a Italia. Era un aparato rojo de plástico con parlantes, que funcionaba a pilas –se “tragaba” los simples con un mecanismo similar al de un reproductor de CD– y que ayudó mucho para que los interminables viajes al campo empezaran a hacerse más cortos gracias a la música... al menos hasta que se agotaban las pilas. Solíamos ir en la camioneta, los adultos adelante y los chicos atrás, escuchando discos de Rita Pavone, temas pop del momento y canciones traídas en su mayoría de Italia, pero también cosas de Palito Ortega; no había un estilo definido. La música estaba en todas partes, y en las reuniones familiares, en las que nos juntábamos a amasar pastas cada domingo, cantábamos a coro temas tradicionales italianos como “Quel mazzolin di fiori”. Cada uno hacía una voz, y nuestra interpretación a todo

volumen era tan impresionante que incluso la gente del barrio venía a vernos, incluido un tano que era tenor en el Teatro Colón y cada tanto se acercaba para deslumbrarnos con algunas arias. Lo malo era que cada vez que lo hacía yo me escondía debajo de la mesa porque su vozarrón me asustaba, sobre todo cuando escuchaba la vibración de las copas en el cristalero.

La música era claramente parte de mi familia y de mi realidad, pero todavía faltaba el click definitivo.